

UNIVERSIDAD PERUANA DE CIENCIAS APLICADAS

JUEGOS FLORALES 2015 - HUMANIDADES

GÉNERO: CUENTO

GRUPO: PROFESORES

SEUDÓNIMO: JUAN PABLO CASTEL

Un auto blanco de lunas polarizadas

No había forma de evitar las columnatas de autos estacionados en cada semáforo en rojo. Cuanto más le pedíamos al chofer, este con su gesto imperturbable, como una estatua detrás del timón, apenas si nos pedía calma. Moría la tarde en nuestros ojos y casi sentíamos su agonía con el réquiem de los cláxones, cual orquesta contratada para un sepelio. A cada minuto, sin embargo, surgían también las carcajadas repletas de mil ocurrencias que solo así, sentados en línea de cuatro, huían de las rejas de los dientes para aligerar el bochorno de la cabina trasera del taxi.

Cuando llegamos a la Casa de las Letras, vimos en la playa de estacionamiento el auto plomo de nuestro amigo Calvalaya. Al instante recordé la vez en que me llevó desde la Molina hasta Santa Anita en menos de un cuarto de hora a un colegio de monjas donde yo trabajaba; incluso tuvimos tiempo para compartir un almuerzo. Ahora habíamos partido también desde La Molina pero debíamos llegar hasta el Centro de Lima. Salíamos de nuestra última reunión de profesores en el Instituto Peruano de Humanidades y nos interesaba en extremo asistir a la presentación del libro “Vallejo y el santo grial”; su autor, un poeta en las postrimerías de su vida, habría descubierto que César Vallejo tenía un hijo.

Tengo viva la imagen de ese poeta ochentero leyendo su discurso a voz casi dormida. Nosotros, desde atrás, hacíamos los esfuerzos para ganar una posición siempre afinando el oído así como cuando los gatos mueven sus orejas al sentir los más leves ruidos. De cuando en cuando, doblaba la mirada y por allí andaban mis amigos, alargando sus mentones para aguzar mejor el panorama. El afortunado era Calvalaya, quien en primera fila junto al Fundador del Instituto, oía en perspectiva la disertación. Intranquilos en la parte posterior, hacíamos señas refiriéndonos a él y su vocación de franelero. Así surgió su apelativo: “El Marqués de Calvalaya”.

Pronto se acercaron unas señoritas con traje ceñido y empezaron a repartir unos boletos para el sorteo de diez ejemplares del libro entre los asistentes. Nos enojamos con ellas porque solo consideraron a la audiencia acurrucada en sus butacas. Nosotros, los otros, debíamos esperar la buena voluntad de un representante de la Casa para que, en un amago de misericordia hermenéutica, se compadeciera de nosotros, humildes profesores de un instituto emergente, y nos exonerara del pago escandaloso de cuarenta y nueve dólares por un libro que, según lo que habíamos escuchado en la presentación, no plantearía más que una hipótesis descabellada: nuestro poeta habría tenido un hijo antes de irse a Paris, pero ese hijo también ya habría muerto.

El primer suertudo de aquella noche fue un hombre canoso que estaba sentado en la última fila. De inmediato esto me hizo pensar en que si hubiésemos llegado aunque sea un minuto antes, a lo mejor una de las anfitrionas nos hubiera dado un boleto premiado. Tuvimos que contentarnos con que el tipo volviera a su butaca y disimuladamente por lo menos pudiéramos aguar, como esos adolescentes voyeristas, las fotografías que venían en el libro. Ni nos dimos cuenta de los siguientes sorteos porque quedamos atrapados, como las moscas en la miel, por las diversas fotografías de nuestro vate santiaguino, a quien esa noche se le intentaba atribuir una paternidad más allá de sus poemas; relucían en un fino papel cuché que hasta podría decirse surtían un efecto tridimensional. La pasarela fotográfica se detuvo cuando su dueño, gracias a la fecundidad del azar, se quedó mirando largamente una de esas fotos en que nuestro poeta, el Poeta, aparecía sonriendo y blandiendo una copa, presumiblemente en una de sus cofradías de París.

En el Instituto era idea corriente sostener que el Poeta había sufrido mucho y no tuvo tiempo para aprender a sonreír. Entonces, si bien ese viejo poeta ochentero, de quien uno de mis colegas decía “quiere hacerse famoso con un libro sobre Vallejo”, no nos convenció sobre la paternidad biológica de nuestro vate, por lo menos sí satisfizo nuestras expectativas al revelar una de las fotografías con una insólita sonrisa. Además, nos quedó el convencimiento de que aquella imagen cambiaría la ruta de nuestra historia, por lo menos, la historia de unos profesores recién contratados en el Instituto Peruano de Humanidades.

Antes de retirarnos del salón de actos, que así llaman a un salonsucho solamente porque es iluminado con arañas de cristal, el más criticón de mis colegas, al ver que el autor del libro en un acto de repentino populismo literario empezó a obsequiar algunos ejemplares, se abalanzó sobre la mesa de honor advirtiendo “Soy profesor del Instituto... del Instituto de Humanidades”. Desde la puerta, en los ojos avispadados de mis compañeros se podía leer: “si a él le dan... pues yo también voy”. Rápidamente, las dos cajas llenas de libros quedaron vacías. Los asistentes, como es habitual, ya no pedían libros sino vanagloriarse con las fotografías. “¿Usted es docente del Instituto Peruano?”, “Sí, maestro, enseñe la vida de Vallejo”, “Ah, vea Usted, aquí tengo uno todavía”, cogió el suyo y se lo dio. Fiel a su estilo, el colega criticón lanzaba sus dardos siempre a las espaldas, como un camaleón de las palabras, sus diatribas locuaces se convertían en frases lisonjeras a cambio de un poquito de la luz de una pupila o la proveniente de un flash.

Hasta el momento, lo mejor de la presentación de ese libro, “Vallejo y el santo grial”, había sido el angustioso traslado desde La Molina hasta la calle Desamparados en el corazón de Lima, allí donde anida la Casa de las Letras, invención palaciega donde se reunía la crema y nata de la intelectualidad limeña todos los sábados, convocados por la génesis de un nuevo título literario. En

ese trayecto sembrado de semáforos, no parecíamos profesores con rumbo a una reunión cultural, sino adolescentes que se dirigían a una discoteca en busca de una descarga pulsional, profunda, íntima. El tema de conversación cambiaba velozmente: Cómo se le ocurre venir a esa profesora con jean blanco y con ese escote, Para mí que saliendo del Instituto se recursea como chica mala, Por eso dicen que el Jefe ya le puso la cruz... ¿Y esa viejita sigue enseñando en la Universidad de San Marcos?, Sí, por eso le dicen La Inmortal, Alucina, en sus clases sigue citando a Riva Agüero, A mí me puso once esa vieja belleza... ¿Y se acuerdan de la Ubilluz?, ¿Quién, la que se puso un poquito más de teta?, Dicen que conoció a un pata francés por internet, se casó y ahora vive allá, Alucina, con razón no asistía a clases en San Marcos porque más le interesaba aprender *fonsé*... Puta, mira ese auto, qué paja, con lunas polarizadas, Debe ser de la Fiscalía, llevando a un delincuente, Un Toyota Yaris así debe estar marcando, fácil, sus cuarenta mil cocos, No joven, esos vienen por la frontera, y no cuestan más de veinte mil soles. Hizo esta aclaración el chofer, dobló en la esquina y agregó, “Servido, jóvenes”.

En el grupo, a pesar de que no era precisamente el más joven, todos le llamábamos Juancito. Cariñoso diminutivo muy bien ganado debido a su baja estatura y perenne sonrisa. Saltó a la palestra cuando una semana antes nos sorprendió a todos al hacerse de los I Juegos Florales organizado por el Instituto Peruano de Letras, consagrándose como poeta y cuentista. Sus poemas, según nos contó luego de la premiación, fueron inspirados en la lejanía de su esposa y sus hijos. No sabíamos si creerle o no, sobre todo porque nos lo decía medio sonriendo y medio en serio; además, porque bien es sabido que en el mundo de las letras, las palabras prevalecen con sus caprichos y se juntan como quieren y son capaces de mentirle a medio mundo, incluso al mismo autor. El criticón se había enojado muchísimo porque participó en el mismo concurso y no obtuvo ni siquiera una mención honrosa. Siempre nos recordaba que el presidente del jurado, la tarde de la premiación, en un *lapsus brutus* se refirió a Juancito como un poeta a quien había conocido en la Bohemia de Trujillo y desde entonces los unía una amistad infranqueable. Este era su consuelo y así pretendía dirigir los reflectores hacia sí mismo. Incluso, los primeros días de clase llevaba corbata Michi y solía presentarse a sus alumnos ni como profesor ni como licenciado sino sonora y delicadamente como el “poeta Joaquín Benavente”. Cuando sus alumnos le preguntaban qué libros había escrito, inventaba en el momento cualquier título y les decía que lo podían encontrar solo en supermercados. En adelante, sin apenas una pizca de duda, habría de lucirse llevando bajo el brazo “un libro adquirido en dólares”, con una dedicatoria del autor y terminaría declamando el único poema vallejiano aprendido en toda su vida: “Los nueve monstruos”, *¡Y jamás, señor ministro de salud, hubo tanto dolor!*...

Juancito y el “poeta” Joaquín Benavente no irrumpieron de un momento a otro como los más talentosos creadores de ficción en el Instituto. Ambos tenían una dilatada experiencia literaria, según se rumoreaba, ora escribiendo versos ora declamando poemas. El primero no obstante había tomado la delantera con un trabajo humilde y silencioso. A lo mejor el estar solo, sin esposa y sin hijos, había motivado poderosamente su inspiración. No era el caso de Joaquín, altanero y bullicioso, de quien se aseguraba era el último en retirarse del Instituto todas las noches para acompañar hacia el paradero a la profesora de turno, especialmente a la de escote pronunciado y jean apretado. Tal vez ni llegaba a su casa porque en varias ocasiones lo veían llegar desaliñado y con la misma ropa. De todos modos, los dos habían vivido más que yo, razón tentadora para continuar a su lado.

Concluyó la presentación con un sinsabor, ni las copas que repartieron para el brindis final alcanzaron para nosotros. Salimos y por un rato nos detuvimos en la puerta de la Casa. Unos pequeños reflectores amarillos iluminaban las letras doradas de su nombre al que la noche le arrancaba todavía más brillo. Una señorita muy joven y hermosa acompañaba del brazo al poeta ochentero, juntos se dirigían a un automóvil. De inmediato comenzamos con las murmuraciones: que es un poeta con suerte, que debe ser una representante de la editorial, que uno la había visto detrás de la calle Desamparados, que no pensemos así porque puede ser su hija, que en realidad tanto amó a Vallejo que se consiguió una Georgette, musa parisina de dieciséis años. Estallaban nuestras carcajadas de profesores con alma adolescente cuando el Marqués de Calvalaya se aproximó en su auto plomo y nos dijo: “He convencido al jefe para que nos invite una res, ¿qué dicen, muchachos?”. Aún no habíamos cenado, serían pasadas las ocho, de inmediato imaginé esos días de celebración del día del maestro cuando todos los profesores íbamos a Cieneguilla para degustar el cariño del jefe. Antes que obtuviera alguna respuesta, bromeó: “Me ha dicho que solo serán ratificados los profesores que nos acompañen”. Maldito, cómo se le ocurría hacer ese tipo de amenazas. Continuó: “El Queirolo está en Camaná, los puedo llevar en dos grupos”. El criticón, siempre en reversa, le espetó: “Nosotros vamos caminando, los poetas conocemos la ruta”.

Yo iba en medio de los dos, por un momento me sentí importante, caminábamos por callejuelas estrechas, las pocas bodegas atendían con las rejas cerradas a unos jovencuelos que pagaban y recibían a cambio unas bolsas negras que se delataban en forma de botellas. Caminaba distraído y no me di cuenta en qué momento quedé detrás de ellos, pero me acerqué disimuladamente con la mirada más bien en los anuncios pegados en las paredes. El criticón Joaquín Benavente y el reconocido Juancito empezaron a mediar palabra, tímidamente, como dos gallos de pelea lanzados al ruedo.

De cualquier parte del centro de Lima, estos dos amigos que se reconciliaban podían ser capaces de llegar al Queirolo con determinación como sabuesos que esconden su alimento y al mínimo llamado instintivo del hambre lo descubren y saborean. Miré por la ventana unas vitrinas repletas de comida variada. Mi mente empezaba a buscar las palabras de agradecimiento por la res invitada. Aún no había probado un plato a la carta por esas callejas. Uno podía llenarse hasta con el olor. Desde mi época de cachimbo en la universidad poco a poco el nombre del bar “Queirolo” fue convirtiéndose en un antro poético atractivo porque de allí salían los mejores argumentos de los cuentos que la gente leía y los más inspirados versos que guardaban los enamorados en el cofre de sus corazones. Este risueño y mágico lugar, sin proponérselo, se había convertido en el arrecife de almas atormentadas y en el escondite ideal capaz de convertirse en el palacio perfecto a la hora de amarse; por esta razón, Juancito, tan ocurrente como era, prefería llamar al Queirolo como el bar “La divina comedia”, porque según él, llegando allí, uno podía pasar milagrosamente del infierno al paraíso. Esta quizás haya sido la razón por la cual siempre llevaba consigo una actitud insondable, las rayas de cebra podían notarse en su rostro y ante cualquier intento de escrutinio estas rayas ondeaban despistando a cualquiera. “Allá están” dijo el criticón. El jefe había reservado una mesa angulosa en el salón QRX, solo para intelectuales, y veleidoso como siempre había pedido un decorado granate, según él, porque llevaba en la sangre los colores del Instituto. Nos sentamos y de inmediato, el criticón abrió el libro autografiado y ubicó aquella foto de Vallejo brindando; fingía extrema sensibilidad y hacía esfuerzos por humedecerse los ojos. La mesa estaba vacía, pero el jefe ya había solicitado las reses. A mí únicamente me interesaba cenar el rico bistec que en cualquier momento traería el mozo. Varios de ellos, vestidos con elegancia, llevaban y traían fuentes. En cualquier momento nos traen el bistec, me decía. Juancito preparaba un puro y se alistaba a fumar, no pidió permiso a la mesa porque el Jefe hacía lo mismo; “Gracias a ustedes, mis profesores, el Instituto ha crecido bastante” y dejaba escapar en espirales el humo de su cigarrillo. Ahora sí, al criticón que se había sentado a su lado, se le podía notar los ojos vidriosos. Entonces un mozo, vino de frente a nosotros, “Disculpen la demora, aquí tienen su res” y dejó cuatro botellas, dos transparentes y dos color caramelo, un baldecito repleto de cubos de hielo y una vasija con suficiente limón como para hacer un cebiche familiar un fin de semana.

En ese momento comprendí que no habría de cenar. Pedir un sánduche triple de porcino con salsa criolla habría sido un despropósito, un acto reñido contra la moral intelectual. Aún más, si en todas las mesas de ese salón QRX, el salón reservado para los intelectuales de Lima, había botellas semejantes, cuchillos, limones y hielo. Se pensaría, así de esta forma se perfora el corazón de la noche para arrancarle desde lo más profundo de sus entrañas las más íntimas manifestaciones del arte. Comprendí también que si surgía un apasionamiento de pronto desbordante, inflamando las

ramas de nuestras venas, allí estarían los pequeños baldes de aluminio con suficiente hielo para aplacar esa ira incontenible. Y si alguno, por el contrario, prefería mostrar sus vísceras en la mesa resumiendo la debacle de su vida, allí tenía al compañero para que endulzara, o tratara de endulzar, la agria condición de su existencia. Como la cámara lenta de una película naturalista, esta escena replicada mesa tras mesa intentaba aplacarse con la soberbia de voces varoniles, como advirtiendo al destino que si nos enviaba sus heraldos negros, nos los enviara muy bien pertrechados porque nosotros, aunque criaturas efímeras al fin, podíamos ser capaces de enfrentarlos con la potencia verborreica de nuestras voces. “Ya pues, gatito, estás que besa y besa ese mismo vaso”, observó el criticón; “¿o todavía tomas leche?”, continuó. El Jefe estaba delante mío y no podía parecerle un blandengue; si algo había aprendido en mi primer año en el Instituto era mostrarse macho delante del jefe, solo así uno podía escalar posiciones y formar parte de su cofradía; entonces, llevándome las manos a la altura del pecho, respondí: “Sí, mucha leche”. Hice bien porque el Jefe soltó una risotada que lo puso tan granate como el mismo mantel. De qué se habría acordado. Y como nosotros no supimos esconder nuestra sorpresa, se apresuró en explicar: “total, todos tenemos derecho a recordar nuestra infancia... y revivirla si “mami” lo quiere, y a veces también aunque no lo quiera, o a veces sin necesidad que se entere”. ¡Bravo! ¡Bravo!, haciendo palmas, actuó el criticón y luego, imitando la fotografía sonriente de Vallejo y bajándose un poco la melena, alzó su copa y bebió de ella. El Marqués de Calvalaya, que para entonces aún conservaba su primer vaso lleno, sacó su teléfono celular, digitó algo debajo de la mesa, miró al Jefe y le hizo una seña. Una rubia preciosa cruzó por la puerta en ese instante; el cabello totalmente liso caía por su espalda. Juancito, distraído encendiendo otro puro se perdió esa escena, sino hubiera dicho “Con razón en el cielo no están las estrellas”. Así era él, avisgado con las mujeres, agigantado prohombre de versos; cualquier chica podía interesarse en él si leía sus poemas; al mismo tiempo él estaría urdiendo algún plan para que finalmente, previo libreto melodramático, le aceptaran la invitación a salir. Los otros tres compañeros del Instituto, sin quererlo dejaban notar en sus rostros la hora de irse. Uno de anteojos gruesos empezaba a decir que tenía que estudiar para su examen de grado; otro quien lucía una barba de Valle Inclán, que debía corregir unos guiones teatrales; y el tercero, cuyos familiares estarían llegando de Huaraz para pasar el verano en Lima, que debía ir a la agencia a esperarlos.

“Habiendo compartido estas reses con los profesores más sobresalientes de mi Instituto y habiéndome honrado con su compromiso y lealtad, mis amigos...”, mentía el Jefe, “asimismo, les deseo una feliz navidad y mis mejores deseos para el año venidero”, culminó. Alistó su saco, miró a Calvalaya y con los ojos le estaba diciendo que ya era hora de marcharse. Como perros fieles, los otros tres, el de los lentes gruesos, el de la barba espesa y el hombre preocupado, salieron en fila india; el de la barba, se detuvo un momento hasta secar la última copa que aún quedaba de las reses.

Joaquín, que había ido a uno de los muros de enfrente a dejar una línea de su inspiración al lado de unos versos de Domingo de Ramos, volvía con un tipo de aquellos que entran a cantar y luego pasan el sombrero. Juancito me interrogó con su mirada: “¿Somos fuga o la seguimos?”; entonces le dije “Los fines de semana siempre voy a Los Olivos a visitar a mis padres, son casi las doce”, “No te preocupes, compare, agarramos un taxi y nos vamos juntos”. Entre tanto, el criticón le pedía a ese mariachi bamba una ranchera triste. “Los poetas nos quedamos aquí, porque aquí hemos nacido”, decía evidentemente embriagado y de un grito llamó al mozo, “dos botellas de vino para compartir con mis amigos...” se le iba a escapar un carajo, pero al parecer se percató a tiempo que estaba en el salón QRX, no apto para lenguaraces ni ramplones. Vino el mozo, y el criticón entre sus ademanes escondía sus artimañas para pagar, Juancito y yo nos miramos, y para estar a la altura de las circunstancias, aunque tímidamente, le dije al mozo “una más, una por cabeza”. Rápidamente hicimos dos rondas, recordaba cómo muchos años atrás, cuando recién estrenaba mis conocimientos literarios como profesor en un colegio, cuando había alguna celebración tontamente me metía entre los más viejos solo para sentir su reconocimiento. Ahora sí podría saber la verdad, quién de ellos dos era más poeta o merecía realmente ese título. Solo cuando pedimos la tercera ronda, me di cuenta que de haber una cuarta sería víctima de la vergüenza porque en mi billetera apenas me quedaba una moneda de un sol, la de colección que siempre cuidaba porque me hacía recordar el viaje de promoción a Machu Picchu. En esta tercera ronda, los dos se batían como si solamente existieran ellos dos, en una lucha sin cuartel, sin árbitro, por eso mis intervenciones eran soslayadas de plano; el universo literario peruano era disputado departamento por departamento, “a ver, dime el nombre del mejor poeta tacneño”, le desafió el criticón; sentí que era mi oportunidad, desde el colegio, con mi amigo Pantojita, siempre recordábamos los versos de “Antes que tú” o “El beso”, entonces interrumpí y dije con mi mayor convicción en toda la noche “¡Federico Barreto!”, el criticón me echó una mirada de desprecio; Juancito como queriendo salir en mi defensa dijo serenamente “Juan Gonzalo Rose”. Mentalmente les mandé a la mierda a los dos. Había aprendido este recurso de sobrevivencia en un colegio de monjas en donde a las superiores no se les podía elevar la voz ni siquiera en medio decibel. Me levanté para ir al baño. Al menos había esperado no ser el primero porque después por más que estés con tus amigos, siempre hay alguien que piensa “pobrecito, está jodido de la próstata”; a pocos pasos, pude ver por la ventana un auto blanco, el más blanco de todos, efecto que quizás se debía a sus lunas polarizadas, cruzó lentamente. Entré al baño, el denso olor de orine de madrugada era insoportable, sobre los retretes flotaba la espuma de cuanta cerveza se había bebido toda la noche. Al salir, me asomé por la ventana y el auto cruzaba en dirección contraria. No sé por qué me recordó al carrito patrullero que mi padre me regaló cuando tenía cuatro años, era a control remoto y cada vez que él volvía por las noches, lo sacaba de su cajita

y nos poníamos a jugar. Volví a la mesa, el criticón de Joaquín Benavente, el obstinado autonominado a mejor poeta del Instituto Peruano de Humanidades, se había quedado dormido, le pregunté a Juancito, “¿Juanuco, me puedes prestar veinte soles, yo ya me voy?”, “No te preocupes, hay que embarcarlo a este y nos vamos”, me tranquilizó. Como teníamos aún media botella de vino, por fin pudimos conversar un poco. “¿Y que pasó con tu esposa, por qué te dejó?”, le provoqué; pero él, atinado y sereno, “se enteró que le era infiel, tomó sus cosas, a mis dos hijos, cogió un avión y se fue a los EE.UU. Fue muy difícil. Por eso, el libro con el que gané los Juegos Florales está dedicado a ellos. Compuse quince poemas, uno por día, y con cada uno quise desperdiciarme de un poco de tristeza”. “La hubieras retenido, no sé, arrodillarte, pedirle perdón, pucha, hacerlo por tus hijos”, le dije. “¿Crees que no lo hice?, no le importó. ¿Te imaginas?, acompañar a tus hijos al aeropuerto, dándoles fuerza, diciéndoles que se van porque allá van a tener un futuro mejor, que no lloren porque yo no iba a llorar, despedirte, verlos subir al avión, sonreírles hasta el último, todo porque quería que se quedarán con esa imagen. Ahora ellos ya están grandes. Más bien, su mamá me ha pedido el divorcio. Mira, recién ahora, dice que se va a casar, que nuestros hijos están como ilegales, que lo hace por papeles”. Seguía contándome parte de su vida cuando el criticón se despertó, “¡mozo!, ¡mozo!, dos más, por fa-vor...”; Juancito le explicaba “Joaquín, ya es tarde, tú tienes que irte hasta Lurín”; “¿Tú eres poeta o no eres poeta?, el poeta chupa hasta el final...”, insistía. Para apurarlos, yo cogí el libro autografiado que estaba a un lado de la mesa, me puse de pie y comenté “ya están cerrando”. “Entonces, la continuamos afuera, yo conozco un huarique donde atienden toda la noche y hay buena compañía”, propuso el dizque poeta. Nos pusimos de acuerdo y salíamos cuando una voz ronca gritó de pronto “¡Juancito!”, Juancito volteó, había reconocido a uno de sus viejos amigos, se emocionó mucho, su aura había recobrado el brillo y centelleaba como nunca en su rostro, “Lo siento, yo todavía me quedo, es mi amigo de años, acaba de venir de los *United States*”. El criticón estaba de pie pero tenía todos sus sentidos dormidos. Serían casi las dos de la mañana. Debía volver a casa, no quería preocupar mucho a mis padres. Recién había terminado la universidad. Todavía dependía de ellos. No podía llegar a la hora que se me antojara por más mayoría de edad que tuviera. Los mensajes de mi novia ya habían cesado, esa noche no quise que me acompañara porque no quería exponerla ante los ojos llenos de lascivia y descaros de tanto mamífero “educado” del RQX. “Cuídate mucho, te amo” me escribió. “Sueña con los angelitos, Muak” le acaricié. Y con qué estaría soñando porque después de más de una hora, antes de que saliéramos del Queirolo, me volvió a escribir “Tengo miedo, he soñado mal”. Ah, niñerías, pensé.

Con el llamado inesperado de Juancito, solo tenía una alternativa, el pedirle al más altanero y jactancioso los veinte soles prestado. “Al poeta, nunca le falta un sol en su bolsillo, vamos a buscar

un cajero”, cruzamos la avenida, atrás, el auto más blanco de todos, estaba estacionado en la fila de taxis. El criticón había ingresado a una cabina, hizo la operación y salió contando unos billetes, me alcanzó uno con una amabilidad que solo le salía como borracho, me dijo que se iría hasta el puente Atocongo y yo le dije que me iría hacia el norte, a Los Olivos. Hice mi papel de amigo bueno, paré un taxi que pasaba cerca a la cabina del cajero, él se acercó a la ventanilla, hizo el trato, no regateó y subió de inmediato. En la orfandad de la noche, de pronto me vi solo, acorralado por la incertidumbre de que en cualquier momento me podían asaltar y robar los únicos veinte soles que acababa de prestarme el poeta. Si fuera así, hubiera quedado condenado a pasar la madrugada acurrucado en algún muro. Me acerqué a la fila de los taxis, pregunté por el primero que salía, y justamente era el auto blanco tan blanco como la cal. “Diez soles”, dijo el conductor, que frisaría veinte años. A esa hora, casi dos de la mañana, era sin duda un buen precio. Subí por la caseta posterior. Solo allí comprobé que las lunas traslucían mi propio rostro, al comienzo creí, como era noche plena, que era la misma oscuridad de afuera, pero ya dentro me desmentí. Viajaba rumbo a Metro de Los Olivos en el auto blanco de lunas polarizadas. Me llamó la atención el asiento medio crema bastante acolchonado, el espejo retrovisor más bien agrandado y los tubos de luz lila en el interior. Se deslizaba con suavidad. Mis ojos empezaban a cerrarse. Quise hablarle sobre algo al conductor, pero este habiendo leído seguramente esa intención en mi rostro, encendió el autoradio y puso Indochina en alto volumen. Pasamos el cruce conocido como Caquetá, tomaríamos luego la panamericana norte y en menos de diez minutos estaría en el paradero Metro, allí los fines de semana siempre había gente, caminaría unos cinco minutos y diría hogar, dulce hogar. Como es de notar, todos mis sentidos estaban lúcidos. Veía por el parabrisas del conductor cómo las líneas blancas que marcaban la pista avanzaban a media velocidad. Adelante se avizoraba el carril izquierdo que conducía a un puente, primero en paralelo con la panamericana y luego se abría poco a poco hacia la izquierda con rumbo desconocido. En un quiebre instantáneo el auto había tomado esta ruta. Primero pensé que se trataba de un atajo, pero eso no tenía sentido a esa hora de la madrugada, luego pensé que el joven conductor en su impericia se había equivocado y que ya retomaría la ruta, lo cual tampoco tenía sentido porque pasaba una esquina y otra y otra como buscando a alguien; estuve a punto de recriminarle, insultarle, golpearle, cuando el auto bajó casi toda su velocidad, fue entonces cuando las puertas traseras se abrieron y subieron dos delincuentes, me taparon los ojos, rompieron los bolsillos de mi pantalón; al no encontrar más que el billetito entregado por el poeta, me quitaron los zapatos, buscaron en mis medias, si hubieran podido hacerlo también me habrían rebuscado en los intestinos. Se quedaron con mi celular, con mis mensajes de amor, qué estaría soñando en ese momento mi novia, quizás que las palabras guardadas en su diario íntimo decidieron escaparse y por más que les rogara quedarse se iban saltando como el pop corn

que me preparaba los domingos por la tarde cuando iba a visitarla, qué estaría soñando en ese momento mi madre, quien siempre me esperaba los sábados por la noche para cenar en familia y se ofrecía como voluntaria cuando queríamos comprar una Inka Kola para todos. Avanzó el auto un poco más, y me empujaron por allí en medio de una calle silenciosa y oscura. Descalzo, retrocedí a tientas siguiendo las huellas del automóvil, encontré mis zapatos, me los puse, intenté recobrar la tranquilidad y avancé sin brújula por una de esas entradas en el laberinto de la noche. Aparecí en un parque, me alegré. Allí podía sentir un poquito más de vida al lado de los árboles, negros a esa hora. Dos chicos corrieron hacia mí, “acaban de asaltarme”, les dije, “pueden ayudarme”. En un segundo se derrumbó toda mi esperanza: “Sí, vino en ese auto blanco, él es, dispárale”, alcancé a escuchar, me apegué a un árbol, recordé la foto de mi madre cuando viajamos a Canta y sonriente decía que el árbol era vida y se quedaba con toda la mala suerte. Sentí un impacto por la espalda y pedazos de carne salían por mi pecho, tuve tiempo todavía para recordar cómo murieron algunos poetas, algunos de ellos arrojándose del puente Atocongo, tenía todos mis sentidos aún muy claros, “¡Dispárale!”, volví a escuchar, y otro impacto cayó en mi cabeza, tuve tiempo todavía para pensar que todo podía ser una mentira... me toqué la herida... sentí un profundo agujero. Caí. Toda mi vida se comprimó en unos segundos. Con cada uno de mis últimos respiros quería arrancarle a la atmósfera un trozo más de vida, pero en mi laringe solo sentía que la vida se metía haciendo cuerpo tierra debajo de unos tablones hasta que... estos tablones cayeron y no hubo más raspones que aguantar. La noticia pronto circuló en los medios, jamás pensé que mi biografía terminaría en unas líneas de un periódico de cincuenta céntimos con una foto de mi madre llorando, con una casaca mía entre sus brazos, resistiéndose, preguntándose, mas nunca resignándose. Muchos amigos míos estuvieron en mi velorio. Me hubiera gustado estar con ellos y decirles que después de la cena podíamos jugar fulbito en la cancha de grass sintético de siempre. Me hubiera gustado, digo. Inútilmente, todos se pusieron a llorar el día de mi entierro. Jamás había visto así a mi madre, ni a mis hermanos. (Yo los veía serenamente). El padre entonces, de un blanco impecable, luego de las oraciones, elevó su mirada triste y empezó a cantar *Juntos como hermanos...* Oí desgarros que venían del corazón cuando mi ataúd, sostenido por unas cadenas doradas, había comenzado a descender.

